

La calle para el martes 17 de agosto de 2010
Diario de un espectador
El complot mongol
Miguel ángel granados chapa

Una de las virtudes de la colección 18 para los 18 de que hemos hablado en esta columna, es que exhuma algunas novelas cortas de las que ya no se habla porque no tuvieron fortuna editorial, aunque la crítica y sus lectores iniciales hubieran dado cuenta de su alta calidad.

Ese es el caso de El complot mongol, una novela escrita en los años cincuenta, aparecida por primera vez con el sello de editorial Jus y luego reimpresa por Joaquín Mortiz. Su autor, recuerda la nota de sus nuevos editores (la SEP y el Fondo de Cultura Económica) nació en la ciudad de México y murió en Berna, Suiza, en 1972, cuando se desempeñaba en el servicio exterior mexicano. Además de la Confederación Helvética, Bernal estuvo asignado a las embajadas en Honduras, Colombia, Perú, Venezuela, Cuba y Japón. “Es conocido como el primer autor de novela policíaca en México. Sus obras destacan por su reflejo de la vida política en nuestro país, especialmente en los temas de corrupción del gobierno”.

Compartimos hoy con nuestros lectores el retrato del Capi, o El capitán, un matón al servicio de políticos:

“A las seis de la tarde se levantó de la cama y se puso los zapatos y la corbata. En el baño se echó agua en la cara y se peinó el cabello corto y negro. No tenía porqué rasurarse. Nunca había tenido mucha barba y una rasurada le duraba tres días. Se puso una poco de agua de colonia Yardley, volvió al cuarto y del buró sacó la cuarenta y cinco. Revisó que tuviera el cargador en su sitio y un cartucho en la recámara. La limpio cuidadosamente con una gamuza y se la acomodó en la funda que le colgaba del hombro. Luego tomó su navaja de resorte, comprobó que funcionaba bien y se la guardó en la bolsa del pantalón. Finalmente se puso el saco de gabardina beige y el sombrero de alas anchas. Ya vestido volvió al baño para verse al espejo. El saco era nuevo y el sastre había hecho un buen trabajo: casi no se notaba el bulto de la pistola bajo el brazo, sobre el corazón. Inconscientemente, mientras se veía en el espejo, acarició el sitio donde la llevaba. Sin ella se sentía desnudo. El Licenciado en la cantina de la Ópera, comentó un día que ese sentimiento era más que un complejo de inferioridad, pero el Licenciado, como siempre, estaba borracho y, de todos modos, ¡al diablo con el Licenciado! La pistola 45 era parte de él, de Filiberto García; tan parte de él como su nombre o como su pasado. ¡Pinche pasado!

“De la recámara pasó a la sala comedor. El pequeño apartamento estaba immaculado, con sus muebles de Sears casi nuevos. No nuevos en el tiempo, sino en el uso, porque muy pocas gentes lo visitaban y casi nadie los había usado. Podía ser el cuarto de cualquiera o de un hotel de mediana

categoría. No había nada allí que fuera personal; ni un cuadro, ni una fotografía, ni un libro, ni un sillón que se viera más usado que otro, ni una quemadura de cigarro o una mancha de copa en la mesa baja del centro. Muchas veces había pensado en esos muebles, lo único que poseía aparte de su automóvil y el dinero bien guardado. Cuando se mudó de la pensión, una de tantas donde había vivido siempre, los compró en Sears; los primeros que le ofrecieron, y los puso como los dejó el empleado que los llevó y colocó también las cortinas. ¡Pinches muebles! Pero en un apartamento hay que tener muebles y cuando se compra un edificio de apartamentos hay que vivir en uno de ellos”.